

LIBROS

Escrito desde el pueblo

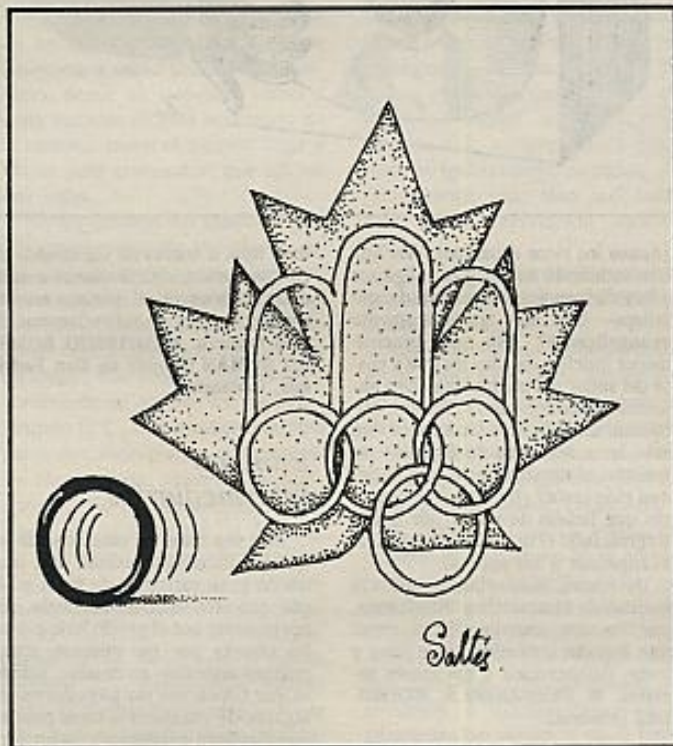
Hablar de la Historia de España es hablar de lo desconocido, escribía Ortega hace más de cincuenta años. Y en el mismo libro —"España invertebrada"— aducía que "la figura, el gesto, el repertorio de ideas y sentimientos, las virtudes y vicios (españoles) son típicamente rurales". Sabemos que bajo los puentes de la Historia ha corrido abundante, turbulentamente el agua, que la sociedad industrial instaló sus reales entre nosotros, que fenómenos sociales, la televisión entre ellos, han despersonalizado a importantes sectores de la sociedad y que, en definitiva, la desertización del campo y la propia motorización han representado una verdadera revolución en las costumbres. Todo lo que de despectivo pudiera tener la idea del aristócrata pensador madrileño, al adjudicar un carácter rural a ultranza a la España anterior a la Dictadura, encierra un respetable fondo de verdad, diluido, si queremos, o ya en trance de desaparición, pero todavía latente en no pocos espacios de la geografía nacional. El pueblo, manejado por los muñidores de siempre, por los caciques cambiantes, ha vivido —todavía lo vive— con mucha más profundidad las penetrantes consecuencias de la guerra civil. Los fuenteovejunismos clamorosos, con toda su épica triunfalista, no deben dejarnos olvidar el sentido receloso del campesino, evidenciado en circunstancias que tal vez escapen al hombre de la ciudad. El escarmiento, por emplear este término atroz, fue tan duro, que las viejas generaciones han aprendido dócilmente el arte del disimulo y arrojan a pedradas de la puerta de su casa a las tentadoras sirenas que prometen paraísos.

José Jiménez Lozano ha recogido recientemente (1) veintiseite relatos cortos. Soslayando algunos de ellos —de marcado carácter simbólico, enraizados en el sentido de la fe, agónica y renovadora—, el común denominador de los restantes está fuertemente distinguido por un doble signo: la idiosincrasia peculiar del campesino y las hondas cicatrices de la guerra española. Por estas páginas discurre un mundo a veces alucinante de seres elementales, que tienen miedo, un miedo físico al poder, a sus instituciones, miedo que les lleva hasta el servilismo, que les curará de su propio desvalimiento. El fantasma de la represión, con imágenes que recuerdan a veces el patetismo de las criaturas de Dostoiewsky, anida en todos ellos.

pecho del propio autor, la que late en muchos de estos cuentos. Ya no se trata de las dos Españas, que también salta al desgarrar; la inquisición que brota incontenible es la del terror y la resignación, aspectos que nada tienen que ver en esencia con el sentido cristiano de la existencia. Desde los viejos pueblos de Castilla, que tan bien conoce el escritor, se elevan las voces de los desheredados de todo, de los oscuros protagonistas de las sordidas historias de miedo y desesperanza. En "Los cuquillos", uno de los más significativos relatos, podríamos resumirlo todo. Hay aquí el embrión formidable de una larga novela, con el pavor ancestral del pobre ante el poderoso, con la huella permanente del espectro de la lucha sangrienta que no se olvida.

acreditarse el novelista como cultivador de cualquier estética, ni de las que son usuales y glorificadas en la actualidad de las letras, ni tampoco en el viejo arte de narrar. Todo va a llegarnos descuidado, con el mínimo aparato retórico y, desde luego, carente de aspectos flageladores o de denuncia. Por ello, quizá, destaquen con más vigor estas semblanzas, estos apuntes, cuya autenticidad histórica, en no pocas ocasiones, nos deja el poso de lo auténtico.

En el fondo de la cuestión subyace un dolor, una queja y una esperanza. Podrá haber alguna ironía, e incluso en ocasiones cierto doctrinarismo, que Jiménez Lozano no ha sabido evitar, pero quien lea atentamente sabrá sobrenadar sobre todo ello. Hablar de lo desconocido, en la frase de Ortega, es asomarse limpiamente a los diezmadados pueblos, en los que, desgraciadamente todavía, la gente corre a votar la consigna gubernamental, "por si acaso", y cualquier alcalde llena rápidamente unos autocares para el acto de afirmación política de turno. Esta docilidad, este estancamiento represivo, que tal vez no ha sido estudiado sociológicamente como se merece, y que bautizaríamos con la palabra miedo, es lo que José Jiménez Lozano ha retratado en su libro, en el que hace inventario, simple inventario de la desconfianza de los perdedores de siempre. ■ MIGUEL ANGEL PASTOR.



Curiosamente podrían verse las constantes permanentes del escritor, derramadas en sus cientos de artículos, en algunos de sus libros, como "Historia de un otoño", es decir, el sentido polémico de la fe religiosa, la idea de la muerte, siempre obsesiva en Jiménez Lozano, sus trabajos sobre la Inquisición. Pero es otra inquisición, quizá a des-

Y junto a "Los cuquillos", ese "Inventario español", requisitoria contra la intransigencia ibérica, en donde se hace recuento de la tenaz crónica, que desembocará hasta nuestros días. Este inventario delirante llega a acercarnos hasta la tridentina costumbre, por los años cuarenta, de solicitar papeleta de cumplimiento con la Iglesia por Pascua. Sí, como decía el clásico francés, el estilo es el hombre mismo, no encontraremos en el volumen el menor interés por

(1) "El santo de mayo". José Jiménez Lozano. Ediciones Destino. Ancora y Delfín.

Quando los niños juegan al teatro

No hace falta insistir demasiado en ello: ya estamos todos más o menos convencidos de que la infancia es un invento de los mayores, contra el que los niños se resisten como pueden. Ya están establecidas unas alegrías y unas penas, unas aficiones y unos rechazos: no queda más que convencer a las criaturas de que sufran o gocen tal como se ha dispuesto. Antes se les imponía la disciplina, ahora se les condena a la espontaneidad; ayer pasaba por retrasado mental el que no se aprendía de memoria la guía de teléfonos de los Reyes godos; hoy es mirado con